

¿Por qué me hice sacerdote?

Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los
Ángeles, Chile



¿Cómo nace la inquietud de ser sacerdote en usted?

Ya he cumplido 32 años de sacerdocio, pues fui ordenado el 17 de abril de 1977. Ese año era el Domingo II de Pascua, «*dominica in albis*», que ahora ha sido declarado Domingo de la Divina Misericordia. Mirando desde esta perspectiva hacia mi vida, aparte de la gracia de elección de parte de Dios, que es absolutamente libre, discerní tres instancias que fueron decisivas para el nacimiento de mi vocación al sacerdocio: la familia, la escuela y la parroquia. Nunca vi a mis padres faltar a la Misa dominical. En mi hogar ninguna razón había podido justificar la falta a la Misa. De esta manera, incluso antes de tener uso de razón, aprendí que la Eucaristía es lo más importante de la semana y que nada podía ocupar su lugar. Durante el mes de María mi mamá nos lle-

vaba a Misa todos los días antes de ir a la escuela.

En mis 32 años de sacerdocio no he dejado de celebrar la Eucaristía un solo día. Estaba en el hospital, recién operado de várices en una pierna y no podía ponerme de pie. Obviamente ese día otro hermano sacerdote me llevó la Comunión. Ni los viajes, ni la enfermedad, ni ninguna otra circunstancia son suficientes para que pierda la celebración de la Eucaristía. La Eucaristía ha sido el centro absoluto de mi vida; mi vida no se entiende sin ella y mucho menos la vocación al sacerdocio.

Una mención especial, porque es decisiva en mi vocación y en la conservación de ella, es la piedad mariana. Desde que tengo uso de razón el Rosario es una práctica diaria en mi vida. En todos los pasos de mi vida sacerdotal he reconocido públicamente que la Virgen María es quien me ha obtenido la vocación y quien me la ha conservado. Mi lema episcopal son las primeras palabras de la más antigua oración mariana: “*Sub tuum praesidium*” (Bajo tu amparo). Dios, sobre todo, a través del santo Rosario.

¿Cómo describiría su vida sacerdotal?

El sacerdocio no ocupa una parte de la persona, sino toda la persona. No hay algún momento en la vida del sacerdote que no esté penetrado por es-

ta realidad. El sacerdocio de Cristo debe ser una realidad connatural con el sacerdote, porque el sacerdote no sólo tiene que imitar a Cristo, sino ser otro Cristo. Esto es lo que significa que el sacerdote actúe «*en el nombre de Cristo*». En la mentalidad semítica, el nombre está en el lugar de la persona. Por tanto, el sacerdote actúa «*en la Persona de Cristo*» y esto no se puede sino siendo otro Cristo.

Soy sumamente feliz en el sacerdocio. No me canso de dar gracias a Dios por este don. Nunca me he puesto en el caso de estar en otro estado. No comprendo que alguien escuche el llamado de Dios y lo rechace.

¿Cuáles han sido los retos más simbólicos que ha enfrentado como sacerdote?

Tal vez el desafío más propio de su condición que debe enfrentar hoy un sacerdote es vivir y ejercer su ministerio en un mundo cada vez más secularizado y donde el sacerdote es menos comprendido y apreciado. Por eso el Papa Juan Pablo II se vio en la necesidad de decir: «*Ha llegado el tiempo de hablar valientemente de la vida sacerdotal como de un valor inestimable y una forma espléndida y privilegiada de vida cristiana*» (Pastores dabo vobis, 39,2). Yo también he sentido este desprecio a mi condición de sacerdote y a veces hasta antipatía. Pero en esos casos me da fuerza la advertencia de Jesús: «*Serán odiados por todos a causa de mi Nombre*»

(Mt 10,22). Todavía no he tenido que sufrir hasta ese extremo. Al contrario, por ser sacerdote, gozo de mucho aprecio de parte de mi familia que siempre me ha apoyado y también de muchos fieles.

¿Qué experiencias como sacerdote lo han dejado más impactado?

Lo que más me ha impactado en mi vida de sacerdote ha sido la ordenación sacerdotal misma y en la misma medida la ordenación episcopal. Fui ordenado sacerdote poco antes de cumplir 29 años. Después que terminó la celebración del Sacramento y la fiesta sucesiva, una vez que me quedé solo en mi cuarto, recién sentí todo el impacto de lo que me había ocurrido, lo que Dios había hecho conmigo. Era demasiado el gozo. Me volvía sobre mí mismo y me decía: «*Tú, el mismo miserable de siempre, ahora eres sacerdote*». Trataba de comprender el misterio de haber sido asumido por Cristo para compartir su sacerdocio y no podía abarcar toda su grandeza. Me consolé pensando que para eso disponía de toda la vida; y de toda la eternidad y que aun así nunca lograría agotarlo. Han pasado 32 años y nunca me ha abandonado la experiencia de ese día ni el gozo de ser tan inmerecidamente sacerdote de Cristo.

¿Cuál considera que es la tarea más difícil para un sacerdote?

Sin duda, la tarea más difícil para un sacerdote es el anuncio de la verdad cuando ésta no es grata para los oyentes. La tarea más difícil es llamar bien al bien y mal al mal según la verdad anunciada por Jesucristo. El sacerdote es maestro de una verdad cuyo origen no está en él, sino en Dios y más concretamente en Cristo y en la Iglesia de Cristo. Es maestro de una verdad que le ha sido confiada para que la enseñe con fidelidad: «*Hagan discípulos enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado*» (Mt 28,19.20). Adherir plenamente al Magisterio de la Iglesia y exponerlo fielmente, sin escabullir los temas incómodos, es la tarea más difícil para el sacerdote. Y no lo es sólo para el sacerdote de hoy; lo ha sido siempre. Es la experiencia del mismo apóstol San Pablo: «*Como lo tenemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno les anuncia un evangelio distinto del que han recibido, ¡sea anatema! Porque ¿busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O es que intento agradar a los hombres? Si tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo*» (Gal 1,8-10). Lo decía también el Santo Cura de Ars: «*Si bajando del púlpito un sacerdote tuviera que sufrir el martirio a causa de la verdad del Evangelio que ha predicado,, no estaría mal*».

Jesucristo fue crucificado por anunciar la verdad que a nosotros nos salva. La causa de su

muerte la expresan claramente las autoridades judías ante Pilato: «*Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios*» (Jn 19,7). Si Jesús hubiera silenciado su condición de Hijo de Dios o, peor aun, hubiera anunciado algo distinto, nosotros no estaríamos salvados. En efecto, lo que él hizo y enseñó «*ha sido escrito para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre*» (Jn 20,31).

La tentación de acomodar la doctrina para agradar a los hombres y caer bien, sobre todo, en los temas morales emergentes es grande. La tarea más difícil es resistir esa tentación y enseñar la doctrina del Magisterio con fidelidad e integridad. La norma suprema la formula San Pablo: «*Anunciar la verdad en la caridad*» (Ef 4,15), sabiendo que la caridad consiste en procurar el bien del otro: «*La caridad no hace mal al prójimo*» (Rom 13,10), y que el bien supremo del otro, el que debe interesar más al sacerdote, es que tenga eterna.